

# REFLEXIONS

## LINEAS 903... Y CON ELLAS LLEGO EL ESCANDALO

Enrique Dalmases Castellote\*

**L**A reciente puesta en marcha en nuestro país de dos líneas telefónicas, las de tipo erótico-sexual y aquellas otras que posibilitan la comunicación directa entre varias personas, ha suscitado (como suele ocurrir con casi todo lo novedoso) una gran controversia y numerosos comentarios de toda índole. El tema, de indudable interés, puede abordarse desde diversas perspectivas: sociológica, económica... y por supuesto también desde un punto de vista psicológico. Este último, y específicamente en su vertiente clínica, entraña una especial complejidad, pues no está lejana en el tiempo y además suele ser un recurso fácil, la tendencia a etiquetar a las personas de una determinada manera —generalmente peyorativa— en función de sus intereses o aficiones.

El «boom» actual por este tipo de servicios, y el tiempo lo dirá, puede interpretarse como algo pasajero, como un fenómeno transitorio; algo similar a lo que tuvo lugar con las revistas «de destape» en la década de los 70 o con la pornografía en el transcurso de los 80. Naturalmente siguen existiendo las revistas eróticas y también la pornografía en sus distintas manifestacio-

nes, pero han dejado de ser noticia. Simplemente es algo que está ahí para aquellos sectores de población que quieran acceder a ellas. De la misma manera a partir de los 90, y al amparo del desarrollo de nuevas formas y técnicas de comunicación, se añade a todo lo anterior otra alternativa: Como reza en los eslógans publicitarios «la del sexo o la amistad por teléfono». ¿Y por qué poner el grito en el cielo? Esta nueva posibilidad es en definitiva un producto más de los muchos que ofrece una sociedad como la nuestra, una sociedad que ha hecho del consumismo uno de sus principios rectores; una sociedad repleta de paradojas, que proporciona día a día más técnica, pero a la par más incomunicación y menores posibilidades de relación directa entre los individuos.

Personalmente no veo motivo de alarma en la existencia de tales servicios, ni los considero (como ha señalado recientemente el portavoz de algún partido político) «un estímulo que incita al vicio». Entiendo que la valoración ética debe estar en función del uso (o mal uso) que se haga de los mismos. Sinceramente, y sobre todo referido a las líneas eróticas, no creo, al contrario de muchos, que sean intrínsecamente malas o dañinas; como no lo son las revistas pornográficas. Conozco pocas personas que se hayan visto seriamente «perturbadas» o hayan hecho de la pornografía el centro de su vida. Por supuesto hay casos en los que esto ocurre y en ellos se suele evidenciar una profunda alteración psicológica, pero ésta suele ser preexistente y no directamente provocada por aquélla.

De la misma forma conozco muchas personas, principalmente parejas, que merced a lecturas, revistas, películas, etc. (y ahora también las líneas telefónicas) de contenido erótico o incluso abiertamente pornográfico, han enriquecido su vida sexual y consecuentemente el nivel de gratificación mutua. A nivel de asesoramiento y consejo, y sobre todo ante ciertos casos de disfunción sexual, es un recurso bastante habitual entre los terapeutas sexuales, el incitar a las parejas a buscar nuevas fuentes de estimulación sexual.

No deja de producirme cierto escalofrío la frecuente alusión de muchas personas al concepto de «degradación moral» cuando se refieren a las líneas 903. Entiendo que un concepto tan rotundo y categórico como ese debiera reservarse para otras manifestaciones y sucesos que también acontecen en nuestra sociedad, desde luego mucho más graves y —lamentablemente— igual de cotidianos.

Pero volviendo al tema que nos ocupa y obviando a los muchos que llaman por simple y lógica curiosidad (y desde luego no siempre insana ni morbosa), resulta evidente que para muchas personas las líneas telefónicas «de comunicación» constituyen una vía perfectamente válida de relación. En las grandes ciudades no es difícil encontrar personas «desarraigadas» (piénsese en aquellos que acaban de llegar a una nueva ciudad por motivos de trabajo) o simplemente individuos que por diversas razones no encuentran la forma o el entorno adecuado para contactar con gente, aún cuando tienen un enorme interés por hacerlo. Los gabinetes psicológicos están llenos de estos solitarios «a la fuerza», que quieren tener amigos pero no saben qué hacer o dónde acudir.

Hasta aquí algunos ejemplos de uso racional. Pero una lectura completa del tema debe abordar necesariamente aquellos casos —que también los hay— que como resultado de un «mal uso» o de un «uso inadecuado» derivan en situaciones problemáticas e incluso en graves trastornos psicológicos. Desde un punto de vista clínico es arriesgado llegar a conclusiones definitivas respecto a si existe un perfil o patrón más o menos invariable de personalidad en aquellos sujetos literalmente «enganchados» al teléfono. Con todo algunas cosas se pueden señalar, y para ello sería conveniente considerar por separado las dos modalidades apuntadas, por un lado las líneas de contacto y comunicación, y por otro las de contenido erótico.

\* Psicólogo Clínico.



Las primeras constituyen el cauce ideal de expresión para todas aquellas personas, mayoritariamente adolescentes, con deficiente autoestima e inseguridad general. Amparados en el anonimato muchos jóvenes, tímidos, introvertidos y retraídos, probablemente con marcadas dificultades de comunicación y relación interpersonal, son capaces de expresar, no sólo ya sus opiniones, sino también sus temores, ansiedades y frustraciones, convirtiéndose el teléfono en una especie de válvula de escape, un instrumento de desahogo emocional. En muchos de esos casos no es de extrañar que finalmente se desarrolle una auténtica «adicción», pues la persona llega a depender de ese servicio como una forma de compensar otros problemas: complejos de inferioridad, problemas familiares, falta de asertividad, ansiedad social, etc.

En esos casos, además de las consabidas y necesarias soluciones técnicas (vía Telefónica o empresa afín), que por lo menos evitan los recibos astronómicos, es prioritaria la ayuda psicológica, no sólo ya para romper tal «fijación» sino fundamen-

talmente para profundizar en las circunstancias que están en la base del problema. Recientemente, y han sido casos muy difundidos por los medios de comunicación, a partir de las facturas del teléfono se ha podido detectar a muchos adolescentes con problemas que de otro manera podrían pasar inadvertidos, y que con el paso del tiempo serían candidatos a desarrollar alteraciones psicológicas.

En cuanto a las líneas de contenido erótico, en teoría reservadas a mayores de dieciocho años (aunque sin control real sobre este punto), pueden ser terreno abonado, lo mismo que las revistas y las películas, para sujetos (en este caso generalmente adultos) con problemas de índole sexual; en concreto problemas que tienen que ver con la forma de «vivir» su sexualidad. En cualquier caso se trata de sujetos que no han aprendido a canalizar su sexualidad como la mayoría de las personas y que no se ajustan, por tanto, a lo establecido como «normal» por una determinada sociedad. A ellos se han reservado tradicionalmente

términos como «voyeuristas», «fetichistas» y muchos más, a los que por cierto habría que añadir uno nuevo; alguno que permita designar a aquellos individuos que hacen del auricular, ya sea a través de un mensaje grabado o manteniendo una conversación directa, su forma básica de satisfacción sexual.

Aun asumiendo de entrada (y más en el ámbito de las actitudes y comportamientos sexuales) la tremenda arbitrariedad del concepto de «normalidad» y pese a que hoy en día se tiende, desde la Psiquiatría y la Psicología Clínica, a una visión mucho más comprensiva y flexible de las distintas modalidades de satisfacción sexual, es evidente que una serie de criterios deben establecer el límite entre lo que es «saludable» y lo que no lo es. Y el criterio básico, en el caso de los «disfrutadores» del teléfono, no puede ser otro más que el nivel de incapacidad e interferencia con las actividades cotidianas; y por encima de todo el grado de sufrimiento personal. Si es así, estamos ante un verdadero «enfermo».